

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## IRLANDA EN EL RECUERDO

# EL ESFUERZO SANGRIENTO

II

NO volví a ver a mi compañero de viaje, que seguía a Belfast, y ya en tierra irlandesa seguí rememorando los tristes avatares del noble pueblo, que la conversación con el americano me había hecho volar al recuerdo.

Oliverio Cromwell, utilizando como pretexto la sublevación y los ataques a los protestantes de 1641, organiza una expedición punitiva a Irlanda, que recuerda, si no supera, los más feroces castigos de Atila. Ante 30.000 patriotas forzosamente sublevados, el Parlamento proclama la destrucción de los católicos y la muerte de los irlandeses donde quiera que se les halle.

Un capitán de navío llamado Swanley, fiel a estas instrucciones, manda atar codo con codo y arrojar vivos al mar a cien irlandeses apresados en un buque, que huían al continente. La isla de Magu, cuyos habitantes no tenían parte en la rebelión, es invadida por la guarnición de Carrickferjus y todos sus habitantes degollados. Tres mil personas —hombres, mujeres y niños— perecieron en aquella carnicería. En otro punto, el coronel Mathew, mata lentamente a ciento cincuenta aldeanos, a quienes había acorralado en unas matas como si fueran liebres. El Parlamento inglés envía un Ejército de 150.000 hombres, y los lores-justicias dan a los soldados las instrucciones siguientes: «Orden de acometer, matar, asesinar y aniquilar a todos los rebeldes, sus partidarios y cómplices; de quemar, destruir, devastar, saquear, consumir y demoler todas las plazas, ciudades y casas en que los rebeldes han sido favorecidos o simplemente recibidos, todas las mieses, trigo o heno que haya; matar, aniquilar a todos los varones capaces de tomar las armas que se encuentren en los mismos parajes.» Lingard, historiador veraz y honesto, reproduce esta increíble orden.

Comienza entonces una salvaje guerra en la que el incendio y el asesinato de los prisioneros, de los que el Gobierno había dado ejemplo, constituyen la norma. Los irlandeses combaten desesperadamente «con la soga al cuello», en frase de un contemporáneo. Ocho años hacía que duraba esta horrible situación cuando entra el puritano Cromwell en escena, armado, como él decía, de la espada de Gedeón contra Irlanda, que se había declarado por Carlos I. Todavía el nombre de Drogheda hace estremecer a Irlanda, al recordar la horrible matanza de la población, que duró cinco días.

En chocante contraste, el puritanismo de Cromwell da muestra de sombrío humor al hacer ahorcar a dos soldados al frente del Ejército inglés, por haber robado «dos gallinas» en una choza.

Un nuevo auxiliar viene a unirse a esta obra de exterminio: la peste. Ante los dos azotes reunidos, Irlanda no pudo resistir y queda, por el momento, pacificada al quedar despoblada.

Entonces se repartió casi todo el terreno como un patrimonio legalmente confiscado, y se entregó a los negociantes que habían anticipado fondos para la guerra. El resto se distribuyó entre los oficiales y los soldados. Irlanda, dice Willemain, en su historia de Cromwell, fue una finca con que se pagaron todos los créditos que reclamaban los vencedores. Sirvió para extinguir la deuda inmensa de la guerra civil y para satisfacer la codicia del Ejército.

Pero los supervivientes que quedaban eran católicos. Había que recurrir a otros medios. Para intimidarlos, Cromwell, de un solo golpe, arrebató mil jóvenes a sus madres y las transportó a Jamaica, donde son vendidas como esclavas. Así se deportaban hasta 100.000 personas.

Los habitantes que quedan son confinados en una de las cuatro provincias de Irlanda; el Connaught, completamente desierto por obra de la peste y los asesinatos. Las otras provincias se reservan para los protestantes. Se prescribe a los irlandeses católicos, por orden del Parlamento y bajo pena de muerte, que en un día señalado se trasladen a aquel territorio, y se da a los dominadores el derecho de matar a cuantos salieran de él, sin exceptuar a las mujeres ni a los niños, al tiempo que se reitera la prohibición absoluta del ejercicio de la religión católica, se destierra a los sacerdotes y se reservan terribles castigos a los que les den asilo. Todos los católicos tienen que asistir el domingo al oficio protestante y pagar el diezmo a esta iglesia.

Los irlandeses —siervos sin pan— ponen sus esperanzas en la vuelta de los Estuardos, a quienes había defendido, pero Carlos Estuardo los declara rebeldes y decreta la legalidad de las conquistas de sus vasallos protestantes, y el Parlamento irlandés, compuesto enteramente de protestantes, sanciona las resoluciones reales. La votación en 1673, en Londres, del Test, por el cual todo funcionario debía negar por juramento la presencia real de Cristo en la Eucaristía y presentar un certificado del pastor de su parroquia afirmando que había comulgado según el rito anglicano, no contribuye, ciertamente, a mejorar las cosas.

Sin embargo, Irlanda, en un esfuerzo increíble, que es asombroso para todos, aprovecha la expulsión de Jacobo Estuardo por la aristocracia para alzarse otra vez. Jacobo se une a ellos, que pelean asombradamente durante tres años, con uñas y dientes, contra sus eternos opresores. El sitio y la toma de Limerick pone fin a la guerra y los irlandeses logran una ca-

pitulación honrosa. Por los «artículos de Limerick», solemnemente prometidos, se asegura a los católicos la libertad de conciencia y la propiedad de sus bienes. Pero el tratado, ratificado solemnemente en Inglaterra y sellado con el gran sello de la Cancillería, es violado también con la mayor solemnidad y las persecuciones contra los católicos irlandeses se recrudecen de nuevo, sin que la buena voluntad del rey Guillermo III logre impedir las crueldades de sus ministros. A pesar de eso, el Parlamento inglés se queja en 1692, en un mensaje al rey, de su «demasiada indulgencia» para con el pueblo irlandés...

Hubo al principio de este siglo XVII una fecha que pudo ser decisiva para Irlanda. La del 24 de enero de 1602, en la que tuvo lugar el desembarco de los soldados españoles, enviados por Felipe III, en Kinsale. Fray Mateo de Ovedo, que había sido simbólicamente proclamado arzobispo de Dublín por los irlandeses, se trasladó disfrazado al martirizado pueblo y se puso valientemente en contacto con sus defensores, realizando sobre el terreno un examen real de la situación, que transmite a la Corte española. Doce mil soldados, dice, son suficientes para ganar la causa en Irlanda. El duque de Lerma envía tan sólo 6.000. Al mando de don Juan de Aguilar, 4.000 desembarcan en Kinsale, y Ocampo, con otros 2.000, entra en Baltimore. Los primeros son cercados por las tropas de la reina, en sitio que se prolonga tres meses, pero unos miles de hombres más —los que pedía fray Mateo— hubieran, en unión de los heroicos naturales, ganado la causa de Irlanda, con imprevisibles consecuencias para Europa.

Mi amigo Mac Brait, profesor de Lengua y Literatura Española del «University College», de Dublín, me mostró cartas severísimas de fray Mateo, dirigidas al Rey de España, censurándole la trivialidad en el envío de los hombres pedidos, por lo que se perdió la guerra en Irlanda. Entonces se podía hablar así a los reyes... Unos miles más, me decía sonriendo Mac Brait, y hoy se hablaría en Irlanda castellano, además del gaélico.

Pero los españoles, tras honrosa capitulación después de haber sufrido los ingleses 6.000 muertos, se vieron obligados a reembarcar. Entonces fray Mateo dijo, con el corazón partido, su tremenda frase: «Cristo parece no haber muerto para los irlandeses.»

José María CASTROVIEJO

El artículo primero de esta serie apareció en nuestra edición del jueves

## ¿QUIEN, QUE?

# SE TRATA DE COMUNICAR

PRIMERO se les llamó —aquí, al menos— «medios de comunicación de masas». Luego apareció la fórmula «medios de comunicación social», y la variante se debía, quizá, al deseo de eludir el vocablo «masas», sospechoso de obscenidad. En ambos casos, sin embargo, el énfasis recaía sobre lo de la «comunicación». Y, en poco tiempo, esta «comunicación» ha sugerido un agramador torrente de literatura, unas veces con aire de sociología, otras ya francamente políticas, que intenta precisar su carácter y justificar o discutir su funcionamiento. Las «teorías» que sobre el tema circulan en el mercado son tan variadas como copiosas. Las hay para todos los gustos. Lo cual, desde luego, no ha de sorprendernos. Al fin y al cabo, los «mass media» son un fenómeno de singular trascendencia colectiva, que nadie sabría desatender, e incluso quienes los desdennan o los temen han de traducir su reproche en argumentos y en juicios. En el fondo, todo este papelero se concentra en torno a dos puntos fundamentales, aunque no siempre se les desvele con suficiente claridad. ¿«Quién» comunica? y ¿«qué» se comunica? son las cuestiones. Porque acerca del destinatario de la «comunicación» no vale la pena hablar: es la muchedumbre pasiva y resignada, el evidente, el radioescucha, el espectador de cine, el consumidor de hojas ilustradas, gente sin voz ni voto, al parecer...

Y puede que sí: que sea provisionalmente razonable dejar de lado el asunto de la clientela. Por circunstancias históricas bastante conocidas —no nos detendremos en ello, ahora—, las «masas» todavía se mantienen en un estado de «minoría de edad» obvia. Su misma actitud ante los «mass media», de embobamiento o de entusiasmo, lo prueba, y con creces. De momento, existen pocos recursos serios para sustraerlas de esa fascinación. Una de las paradojas del problema es que, por ejemplo, el vicio de los «teleadictos» sólo podría curarse con la ayuda de la televisión, y no precisamente por el sistema de homeopatía. Los efectos habituales de los «mass media» son tan extensos y tan penetrantes, que resulta difícil combatirlos sin unas armas de alcance similar. Y no hay tales armas. Es lógico, por tanto, que los grupos interesados en el dominio moral o material —o moral y

material— de una sociedad hagan todo lo posible por apoderarse o controlar los «medios» aludidos. Los necesitan, y cuentan con su eficacia infalible para garantizarse adhesiones y docilidad entre el vecindario sometido. En unas ocasiones, la operación queda en manos de empresas privadas; en otras, depende de la habilidad administrativa. Las muchedumbres, mientras tanto, se limitan al transistor o a la pantalla, ajenas a la maniobra.

Así ocurre en todas partes. Con todo, queda un espacio libre donde el debate sigue en pie. Un pequeño espacio: libros, cátedras, páginas de periódicos. Como trincheras de resistencia, es una posición tal vez estimable; como plataforma de ataque, en cambio, carece de entidad. La fábula de David y Goliat no acaba de ser demasiado persuasiva, y no mil libros distintos —que ya están ahí, escritos y publicados—, sino cien mil, y más, no llegarían a contrarrestar la droga repartida por las ondas en un solo mes. Pero, sea como fuere, el análisis y la polémica se producen, y tampoco pueden despreñarse. A su nivel —nivel intelectual—, los detentores de «mass media» no acostumbran a contestar o a rearguir. No de manera directa, ciertamente. Lo hacen por otros caminos. Y no se atreven a dejar de hacerlo. Hoy por hoy, hasta los poderes más concentrados, económicos o no, se sienten forzados a explicar o a simular la «ilicitud» de sus acciones. El planteamiento intelectual de la «comunicación» —de masas, social— es el ya apuntado: ¿«Quién» comunica? ¿«Qué» se comunica? Y salta a la vista la lógica de los interrogantes. El «quién» equivale a una denuncia de los equipos privilegiados, y en general excluyentes, que rigen los tinglados; el «qué» se refiere a la índole ideológica o estética del material difundido. La envergadura crematística y técnica de los «mass media» se sitúa muy lejos de las posibilidades del gremio de la cultura. El poeta, el novelista, el filósofo, el hombre de ciencia, tienen la sensación —la convicción— de que el televisor o la radio son «medios» que habrían de estar a su «alcance». Y el compositor. Y los artistas plásticos.

Más que a su «alcance»: creen que deberían ser «suos». La concepción instrumental de los aparatos de que hablo entra de lleno en las

aspiraciones tradicionales de la Cultura: con mayúscula. En una república bien ordenada, platónicamente bien ordenada, en vez de «Ironside» se impartiría una dosis semanal de Shakespeare, y en vez de concursos memorísticos se presentarían controversias sobre Joyce o Marcuse, y en vez de comentaristas sistemáticamente ofiosos se introduciría un turno fluente de opiniones abiertas. Etcétera. Y en lugar de los Beatles o los Pianiágrados, sublimes cuartetos de Mozart o de Schoenberg. En realidad, los intelectuales aún no han conseguido puntualizar las perspectivas lógicas de lo que podría ser su intervención en los «mass media». Estos no son «sólo» unas oportunidades didácticas. Supongo que ni el más recalcitrante de los metafísicos pretenderá que su tele más próxima dé seriales diarios con «Ser y tiempo» o con «El ser y la nada». Pero también es evidente que los «Ironside» y los «Bonanza», y los demás, contienen gérmenes «ideológicos» muy energéticos, frente a los cuales no hay defensa. La «comunicación» es eso: las pelliculas aletargantes, el voluble bla-bla-bla de los locutores adoctrinados, las canciones estúpidas, que se promocionan a conciencia justamente porque son estúpidas. Los paréntesis que calificáramos de «excepciones» —el mal es universal— no pasan de ser paréntesis, excepciones.

¿«Quién» comunica? O sea: ¿por qué la cosa está en esas manos y no en otras, o sólo en ellas? Y ¿«qué» se comunica? Quiere decirse: ¿Por qué tanta tontería, por qué tantas restricciones en el color de los criterios? (Si estas reflexiones fuesen proyectadas sobre TVE, podríamos añadir otras quejas: el cuentagotas para la lengua catalana, sin ir más lejos. Pero el comentario aspira a una generalización abstracta.) La objeción de los intelectuales marginados de los «mass media» ha tenido formulaciones muy conspicuas: no vale la pena aventurarse a citar casos concretos, ya que los llevaría a reproducir la entera bibliografía de la «comunicación». Y la cosa se complica cuando se descubre que, a la intención discriminatoria, se añade la rutina más pazuata y automática. Hace poco, un directivo máximo de cierta cadena televisiva norteamericana fue acosado por un periodista francés, que quería hacerle confesar

Dios sabe qué. La palabra «comunicación» precliptó el diálogo. «¿Qué comunican ustedes?», insistía el periodista. El otro recibía una lista de programas: noticiarios, partidos con pelota de diverso tipo, «shows» líricos o policíacos. «Pero ¿qué?», apretaba el reportero. Al final, el entrevistado contestó, sencillamente: «Televisión». Era una manera de decirlo. Muy justa, por cierto. A menudo, la televisión, como la radio o el cine, o las fotonovelas, y el resto, únicamente «comunican» su propia maquinación.

Se trata de «entretener» al espectador. Y no siempre las «malas intenciones» son tan activas como nuestra suspicacia nos lleva a suponer. Hay ratos en que las «malas intenciones» se relajan. No se tolerará que el bache sea aprovechado en sentido contrario, pero el vacío queda dispuesto a la más lierna inanidad. Al espectador le da lo mismo: alucinado por el mecanismo, traga lo que le presentan. El espectador quiere televisión —o radio, o cine, o lo que sea—, y sólo eso: una «forma» de que le distraigan. La «forma» en sí es lo decisivo. El «medio de comunicación», de vez en cuando, nuy de vez en cuando, no es un «medio», y se convierte en «fin». «Oremos discos», «veremos televisión», «iremos al cine», «pondremos la radio»: estas expresiones, frecuentes en los modestos proyectos cotidianos de la ciudadanía, me parecen particularmente reveladoras. Quienes las prefieren no se «proponen» escuchar ni ver nada en concreto. Escucharán y verán lo que venga rodado: los discos que haya en casa, «Jim West» o «Misterios al descubierto», la cartelería del «arte y ensayo» más cercano, o nada de «arte y ensayo» si se vive en un barrio excéntrico, el programa de la emisora local... ¿Que todo eso no es tan inane como acabo de insinuar? De acuerdo. Pero nos hallamos ante unas situaciones en las que lo fortuito y lo banal se combinan en términos angustiosos. Con graves riesgos, por descontento. Para todos.

Nosotros, los que somos «masa», deberíamos ir con mucho cuidado con lo que se nos «comunica» y con quienes nos «comunican»...

Joan FUSTER

**NOMINAS**  
POR DECALCO  
sistema  
**TEJA**<sup>®</sup>  
Mensuales, Semanales, Anticipos, etc.  
SOLICITER UNA DEMOSTRACION  
P.º San Juan, 77 - Tel. 257 23 85 - Barcelona-9

VEA EL CAMPEONATO  
MUNDIAL DE FUTBOL  
ALQUILANDO  
UN TELEVISOR  
televent  
EN BARCELONA  
San Andrés, 130 - Tlf. 251 56 61  
EN MADRID: Serrano, 76 - Tlf. 225 49 65  
General Ricardos, 12 - Tlf. 269 48 55



**REFORME SU PISO**  
Modernice su COCINA  
o BAÑO  
\* ALBAÑILERIA  
\* FONTANERIA  
\* ELECTRICIDAD  
Presupuestos sin compromiso  
Llame al teléfono **2367876**  
SERVICIO DE URGENCIA PARA REPARACIONES

**SOLER**  
BASCULAS  
PRECISION Y FUERZA  
Balanzas y básculas  
para toda clase de  
aplicaciones industriales,  
comerciales y domésticas.  
**ARCAS Y BASCULAS SOLER, S.A.**  
Rambla Cataluña, 10 - Tel. 221 48 81 - Barcelona (7)